

N.º 2

CENTRO DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA

# HEROISMO Y MARTIRIO

## DISCURSO

pronunciado por el Comandante de Artillería

**Don Vicente Sanchís y Guillém**

EN LA NOCHE DEL 22 DE JUNIO DE 1891

EN HONOR DEL HÉROE DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA,

CAPITÁN DE INFANTERÍA

**Don Vicente Moreno**

MADRID

IMPRESA DEL CUERPO ADMINISTRATIVO DEL EJÉRCITO.

1891

IV  
27 - 7  
7 (2)

Biblioteca de Ingenieros del Ejercito.



Inscripción...	Folio.....	460
	Número.....	13424
Clasificación..	División.....	J
	Subdivisión..	p. 2
Colocación....	Estante.....	24
	Tabla.....	4 <sup>o</sup>
	Número.....	4 (2)

BD2 19164

IV

27 - 7

7 (2)

CENTRO DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA



# HEROISMO Y MARTIRIO



## DISCURSO

pronunciado por el Comandante de Artillería

**Don Vicente Sanchís y Guillém**

EN LA NOCHE DEL 22 DE JUNIO DE 1891

EN HONOR DEL HÉROE DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA,

CAPITÁN DE INFANTERÍA

**Don Vicente Moreno**



MADRID

IMPRENTA DEL CUERPO ADMINISTRATIVO DEL EJÉRCITO.

1891





### Señoras y Señores:

**D**E cuantas veces he tenido necesidad de hacer uso de la palabra, no recuerdo ocasión alguna que haya tenido para mí atractivos tan grandes como la presente, aun cuando obscurece el panorama espléndido de mi satisfacción y de mis alegrías la densa nube de mi vacilación y de mi insuficiencia.

Y en verdad que no son los escollos de las dificultades materiales los que se oponen al raudo y atrevido vuelo de la mente: bien fácil es caminar por el recto camino del entusiasmo y del patriotismo cuando esta ancha y horizontal calzada se encuentra comprendida entre dos paisajes matizados por las bellas tintas de los encantos sublimes que adquieren las variadas formas del *cromótrofo* en el luminoso disco de la imaginación. (*Muy bien; muy bien*).

La idea que ha de servir de norte á mi pobre é incorrecta palabra, se halla comprendida entre dos líneas paralelas, entre dos trayectorias ideales de la voluptuosidad y del sentimiento y cuyo punto de unión es el infinito, esa región hermosa de lo desconocido, lugar geométrico de todos los encantos, de todos los ensueños, de todas las aspiraciones, de todos los atrevimientos, personificación de lo abstracto, medio comburente de la abnegación y del entusiasmo, catarata sublime, á cuya fantástica nube de espuma sirven de vesículas vaporosas las facultades del alma que, cual el pólen fecundizador de las palmeras, se posan en las celdillas de los cerebros que en la raza humana ejercen su monopolio sobre la facultad del pensamiento. Estas dos trayectorias se encuentran formadas por la importancia y calidad de las personas que me escuchan y por lo grande de la idea que me coloca en este estrado para dirigiros la palabra.

¿Quién puede dudar que á paisanos y militares, artistas y poetas, entusiastas é indiferentes, hoy nos reúne aquí el sentimiento más grande, la idea más sublime, lo que es patrimonio exclusivo de esta noble tierra donde se vive y se muere por la gloria: el patriotismo.

Nada importa que los que por un espíritu de

mezquina oposición rinden parias á la rutina y al idiotismo, se permitan el lujo de juzgar á través del prisma de la ignorancia aquella voluptuosidad que se apodera de la mente de las personas sensatas ante el recuerdo de aquellos hechos brillantes, de aquellas hazañas grandiosas que llenan por completo las páginas de nuestra historia y que, al par que blasón heráldico de nuestro orgullo nacional, constituyen el código fundamental de nuestros deberes.

Yo no se á qué obedece ese prurito de sepultar en el abismo del olvido los hechos de nuestras pasadas épocas de grandeza: los que así obran es, sin duda alguna, porque no tienen la fortaleza de imitarlos.

Afortunadamente los buenos españoles, los que sienten correr por sus venas la sangre generosa de los héroes de Lepanto, Pavía y Garellano, esos saben por demás que aquellas fechas gloriosas de la sublime epopeya titulada «Independencia española» no pueden borrarse jamás de nuestra memoria, no, en tanto que haya quien pulse la lira del sentimiento; en tanto que allá, en las vegas de Murcia y Valencia, conserven como un trofeo aquellos campesinos semi-árabes las armas primitivas con las que sus antepasados arrojaron en las acequias y en los arrozales á los malvados secua-

ces de Suchet; en tanto que las rondallas aragonesas repitan el canto melancólico y sublime que, acompañado del estampido del cañón y de los gritos de agonía de los moribundos, entonaban los heroicos combatientes en las brechas de la muralla de la invicta Zaragoza; en tanto que el Pirineo sirva de valla inaccesible á los que han sido siempre arrogantes y fanfarrones con el débil y humildes y sumisos con el fuerte; en tanto, en fin, que sobre «El campo de la lealtad» se levante esa piramidal aguja de piedra por cuyas verticales aristas se desliza constantemente el fluído de la inmortalidad, que al poner en comunicación las cenizas siempre calientes del heroismo con los irisados nimbos de la gloria, ha de enseñar á las razas venideras, en tanto que el mundo exista, cómo se muere por el honor y por la independencia. (*Grandes y ruidosos aplausos*).

«Heroismo y martirio».... tal es el título que he dado á mi conferencia de esta noche: no creáis, señores, que al hacerlo he obedecido á un simple capricho. Aparte de que no encuentro ningún otro que mejor cuadre al asunto de que voy á ocuparme, existe la circunstancia de que el primer artículo que en honor del Capitán de Infantería don Vicente Moreno, héroe de la independencia española, fué escrito por D. Isidro María Salaberri,



llevaba este título, y siendo yo fiel guardador de aquel precepto del Divino Maestro: «dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios,» he creído cumplir con un deber de consideración y justicia adoptando como título para esta mi desaliñada peroración, el que dió á su escrito el iniciador de la idea que, acogida con entusiasmo por uno de nuestros primeros hombres públicos, el señor Romero Robledo, que la hizo suya completamente, dió lugar á la solemnidad parlamentaria que se verificó en la tarde del día 13 del actual: día de gloria, señores, para el Parlamento español, que realizó un acto grandioso de esos que honran á la humanidad, demostrando que en esta tierra clásica de la hidalguía hay un sentimiento hermoso y sublime que se sobrepone á todos los demás, y así como el primer fulgor del astro del día reduce á puntos opacos los focos de luz que parten de los demás mundos que flotan en el espacio, y así como el rugido imponente del mar reduce al más profundo silencio los cantos de amor y de voluptuosidad ó los gritos de cólera y despecho que se escuchan en las encrucijadas de los pueblos que asientan sus reales en las costas, y así como el estampido del trueno, que viene á ser un eco de la magnificencia divina, sepulta bajo la losa del temor los cantos de las bacanales y los atrevimientos

del orgullo en las Babilonias modernas, así la explosión hermosa del patriotismo redujo por un instante á la nada las diferencias políticas y, como dijo un orador eminente, el palenque de lucha se trocó de pronto en magnífico espectáculo de paz y de concordia, en haz apretado de sentimientos armónicos, en cascada de flores y hojas de laurel que cayeron sobre la frente de un ciudadano obscuro, de un militar heróico que murió conquistando, en lucha por la independencia de la patria, la gloria de la inmortalidad. (*Grandes aplausos*).

Yo no olvidaré jamás, señores, el aspecto que presentaba la Cámara popular española en la tarde del día 13; yo no he experimentado nunca una emoción tan profunda ante un espectáculo tan conmovedor; yo no he visto jamás al Ejército español tan victorioso y tan arrogante. Ni en Numancia, ni en las Navas, ni en el Salado, ni en Gallipoli, ni en Cerignola, ni en San Quintín, ni en Pavía, ni en Garellano, ni en Otumba, ni en Tlascalala, ni en Bailén, ni en Vad-Ras, ni en ninguno de los millones de hechos de armas que constituyen su glorioso abolengo, le he visto alcanzar una victoria tan grande y tan hermosa como la que alcanzó en el día indicado. Cuanto vale y ostenta un nombre en nuestra patria, cuanto tiene representación en el mundo de la ciencia y del saber,

cuanto se halla ungido por la voluntad nacional con el prestigio de la suficiencia, se levantó á impulsos del deber y del patriotismo, y D. Vicente Moreno, el Capitán obscuro, el héroe hasta entonces desconocido, fué levantado sobre el pavés de la inmortalidad por los que tienen el derecho de esgrimir la espada de la ley, y el nombre del mártir sublime quedó inscrito en letras de oro sobre el hermoso frontispicio del altar sagrado del templo de la representación nacional, adquiriendo la ejecutoria de nobleza más grande á que puede aspirar el patriota y el soldado. (*Aplausos*).

Yo entrego el acto que estoy llevando á cabo al juicio imparcial de los patriotas verdaderos y de las personas honradas: yo, que visto el uniforme que glorificaron Daoíz y Velarde, levanto mi humilde voz en este recinto para ensalzar el heroísmo del Capitán de Infantería D. Vicente Moreno. Los dos valientes Oficiales de Artillería rechazaron el día 2 de Mayo de 1808 el empuje formidable del coloso del siglo: dos años después, el Capitán de Infantería D. Vicente Moreno se elevó por encima del nivel del acto heroico realizado por los dos insignes artilleros... ¡Militares españoles fueron los héroes de ambas empresas; séales común la gloria! En cuanto á nosotros, inclinemos con respeto la frente ante aquellos gigantes ma-

ravillosos, para los que el vocabulario del honor tenía solamente dos palabras: en su imaginación «¡la gloria!» en su corazón «¡la patria!» (*Prolongados aplausos*).



Y paso á describir la vida y hechos del Capitán D. Vicente Moreno.

Seré tan breve y conciso en mi relato cual lo requieren las circunstancias.

Nació D. Vicente Moreno en la ciudad de Antequera hacia el año 1777. Pertenecía nuestro héroe á una familia noble, según consta en su hoja de servicios que han publicado varios periódicos: fué soldado distinguido en 1792, Cadete en 1795; segundo Subteniente en 1799; primer Subteniente en 1800; Teniente en 1805 y Capitán en 1809.

Cinco hermanos suyos tomaron parte en la guerra contra la invasión francesa, y dos de ellos murieron gloriosamente en el campo de batalla.

Destinado Moreno á mandar la quinta compañía del primer batallón del regimiento de Málaga, se encontró en las repetidas acciones que sostuvo nuestro exíguo Ejército en los pasos de Sierra Morena, y formando parte de la cuarta di-

visión, que fué derrotada por el Ejército francés en la batalla de Arquillos, tuvo la fortuna de no caer prisionero, escapando con los dispersos hasta encontrar refugio en la isla gaditana.

Animado Moreno del ardor patrio y fortalecido su espíritu por el odio al invasor, reunió los restos de aquella jornada, y reforzando sus huestes con algunos voluntarios decididos, organizó una guerrilla contando con la autorización escrita y extendida en debida forma por la autoridad militar del distrito, hostilizando á los franceses de tal modo, que no hubo promesa que no se hiciera para apoderarse de su persona.

Varios combates, á cual más glorioso, sostuvo el Capitán Moreno en estas condiciones, hasta que en la madrugada del día 2 de Agosto de 1810, empenó un reñido combate con las fuerzas enemigas en las inmediaciones de la sierra de Antequera; había ya conseguido arrollar á la columna francesa que se pronunciaba en retirada, cuando llegó á escape y á retaguardia un refuerzo poderoso de los enemigos, y cogido Moreno entre dos fuegos, vió morir, peleando con el ardor de la desesperación, á sus heróicos soldados, y cubierto de heridas fué hecho prisionero en unión de otros seis valientes que no sucumbieron en aquella terrible hecatombe de las armas españolas.

Fueron conducidos á Málaga donde á la sazón era Gobernador el General Bertaud, quien anteriormente, y valiéndose de una persona que conocía el paradero de Moreno en todas las circunstancias de su azarosa vida de guerrillero, le había hecho todo género de promesas si juraba al Rey intruso, proposiciones que Moreno rechazó por medio de una carta concebida en términos tan enérgicos como levantados, valiéndose de duros calificativos para los invasores que trataban de ejercer la presión y el soborno sobre los valientes españoles que, á costa de sus vidas y de sus haciendas, procuraban que no se extinguiera desde las vertientes del Pirineo hasta la costa gaditana, el eco del grito sublime de independencia lanzado por los heróicos defensores del parque de Monteleón el día 2 de Mayo de 1808. (*Aplausos*).

Al presentarse Moreno, prisionero y herido, el General Bertaud le exhibió la carta aquella que nuestro héroe reconoció como suya; reiteróle aquella autoridad las ofertas, que Moreno rechazó de nuevo con energía, y entonces aquel sicario con uniforme dispuso, para quebrantar la entereza del Oficial español, la más horrible de las iniquidades.

El Capitán Moreno, cubierto de heridas y casi exánime por la sangre vertida, fué llevado en bra-

zos hasta el patio de la cárcel de Málaga y allí se le sentó sobre un banco y se le obligó á que presenciase la ejecución de los que como él habían peleado como buenos, y por lo tanto debían ser considerados como prisioneros de guerra, cual sucede en todo país civilizado que rinde tributo al valor, que sucumbe por el embate de la desgracia.

Moreno encontró un destello de fortaleza en las fibras de su lacerado cuerpo, y sobreponiéndose á los terribles padecimientos físicos, exhortó á sus compañeros para que muriesen como valientes, recordándoles el premio que otorga la patria á los que la sirven con fervor hasta exhalar el último aliento.

Hecha la ejecución, mejor dicho, el asesinato vil y cobarde de aquellos valientes, el Capitán Moreno fué conducido á Granada, cargado de cadenas y sin curar sus heridas, y allí se le encerró en una habitación pobre y miserable del palacio ocupado por el Gobernador D. Luis D'Agereau, y por medio de varias personas y por varios conductos, se le hicieron de nuevo todo género de excitaciones para que reconociese al Rey intruso, prometiéndosele vida, libertad, honores y hasta el mando de un regimiento, si se sometía y nombra-  
ba los cómplices que le habían ayudado en sus heróicas empresas: hé aquí la respuesta de Moreno:

«No, jamás: yo no me someto al extranjero; en cuanto á mis cómplices, hé aquí sus nombres: «¡El Rey, la Junta de gobierno, el Ejército español y el pueblo, que vierte su sangre por recobrar su independendencia!»

Moreno fué tratado como espía vil y miserable: se le sentenció por un tribunal inícuo, faltando al derecho de gentes y la ley de la guerra, quedando como un guiñapo inmundo la palabra del Oficial francés que recogió la espada del valiente en el campo de batalla: se le sentenció, como digo, á una muerte infamante, poniéndosele en capilla inmediatamente.

Las sugerencias continuaron, lo cual demuestra la valía en que el General Sebastiani, Gobernador de Granada, tenía la persona del Capitán Moreno, y como prueba de la entereza de alma de este hombre extraordinario, consta el hecho de que al entrar en la capilla un Sacerdote que fué á auxiliarle en sus últimos momentos, tuvo que preguntar quién era el Capitán Moreno, pues su serenidad era tal que no podía distinguirse entre las varias personas que allí estaban quién era el hombre condenado á la última pena.

El General Sebastiani, por medio de una persona que tenía alguna intimidad con Moreno, llegó hasta á ofrecerle la vida y la libertad inmedia-



ta si hacía una sola promesa , en términos vagos, acatando el régimen establecido que, sea dicho de paso, había sido acatado por una gran parte de la nobleza española.

Todo fué inútil: mas el General francés no se dió por vencido, y entonces recurrió á un acto del que no hay ejemplo en la historia. Se condujo á la capilla á doña María Teresa de Velasco, esposa de Moreno, y á cuatro criaturas, la mayor de nueve años, para que con sus lágrimas y lamentos añadiesen una nueva tortura á aquel corazón magnánimo que no tenía latidos sino para el sacrificio en aras de la dignidad y de su veneración hacia el sentimiento de la patria. Moreno sufrió todos los tormentos, pero su alma noble y generosa se sobrepuso á todo y, á semejanza de Abraham, obedeció el mandato de la voz de su patriotismo sacrificándolo todo, hasta aquello que es para el hombre mucho más precioso que su propia vida.

Y llegó el día siguiente: era el 10 de Agosto de 1810: la ciudad árabe apareció cubierta por las tropas francesas; 80.000 almas en las calles, y en la plaza del Triunfo se alzaba el instrumento infame de la horca, cuya siniestra silueta se destacaba sobre el cielo azul que sirve de cúpula á la mansión de los gnomos y de las huríes.

Desde lo alto del generalife y desde los acica-

lados ajimeces de las torres de *la Cautiva* y de *la Sultana*, los espectros de los reyes moros, de aquellos valientes caballeros tan nobles y generosos en las luchas en campo abierto, iban á presenciar cómo una turba de cristianos cometía la más infame y la más inhumana de las bajezas.

El Capitán Moreno llegó al pié del patíbulo, y como refinamiento de crueldad, se le hizo apurar hasta las heces el cáliz de la amargura; allí encontró á su esposa, cubierta con las tocas de la viudez prematura, y á sus cuatro hijos que le pedían de rodillas que consintiese en vivir... Aquel hombre empuja hacia el fondo de su corazón todos sus sentimientos humanos, y con una serenidad aterradora dice á su mujer estas palabras: *¡Sepárate de ahí, María, sepárate de ahí, mi gloria es morir por la patria; recuérdaselo á tus hijos para que aprendan de su padre á morir con honor..!*

Parece que no debe haber nada más grande, y sin embargo, aun lo hay... Sube Moreno la escalera del patíbulo con ánimo incomparable, se coloca él mismo al cuello el nudo fatal y dice estas palabras...

Pero antes de escucharlas recordad, señores, las últimas palabras que en los momentos supremos de la existencia ó en el dintel de las puertas de la eternidad han pronunciado las grandes figu-

ras de la historia de todos los tiempos. «Ven á tomarlas» exclama Leonidas cuando le intiman que entregue las armas, franqueando á los enemigos el paso de las Termópilas; «Tu quoque Brutus» exclama César al ver teñida en su propia sangre la espada de su hijo adoptivo; «Hostis hostem occidere volui» dice el estóico Mucio Scévola, sonriendo al sentir el chirrido de su propia carne; ¡Creo en Dios! era el grito de agonía de los antiguos cristianos en los circos y en las hogueras; «Si arma no tienes, ahí va la mía» dice D. Alonso Pérez de Guzmán sobre la plataforma del muro de Tarifa; «Libertad, libertad, qué cara cuestras» decían los girondinos al acostarse en la báscula de la guillotina; «Hoy es día de morir como cristianos» exclama D. Juan de Padilla sobre el enlutado cadalso de Villalár; «Consumatum est» murmuraban los labios del Redentor del mundo al inclinar su cabeza enclavado en el ignominioso madero... y en todas estas exclamaciones, en todas estas palabras, había algo de abstracto, algo de ideal, algo de invisible; era como el reflejo crepuscular de un rayo de sol que atraviesa esa línea divisoria entre la luz y la sombra que se llama penumbra! En las palabras que pronunció el Capitán Moreno al morir, todo era concreto; era un precepto sagrado que aquel hombre concibió en su

mente, que lo vigorizó con los accidentes de la lucha, que durante las largas horas de estóico sufrimiento en la capilla lo tuvo sumergido en el lago de amargura de las lágrimas que vertían los séres más queridos de su alma, y que al lanzarse por sí mismo al espacio desde la escalera infame de la horca, convertida para él en trono refulgente del patriotismo, constituyeron su artículo de fe, un mandato solemne para las generaciones venideras...

*«Españoles, ¡aprended á ser fieles y á morir por la patria!»*

. . . . .  
Estas fueron las últimas palabras del Capitán Moreno: se aprieta el dogal con su propia mano, y dando á su cuerpo un empuje violento, se arroja decididamente en el abismo de la eternidad...

Después, un cuerpo que se estremece en las últimas convulsiones de la agonía; un grito desgarrador que lanzan aquellos séres inocentes arrodillados al pié del patíbulo; el rugido de horror que se escapa de los pechos de aquella multitud aherrojada, pero no vencida; un baldón más, escrito sobre las alas extendidas de las águilas imperiales; un alma noble y generosa que torna al lugar donde fué creada, y un nombre más,

escrito con caracteres de sangre y fuego en el catálogo interminable de los mártires de la independencia española! (*Grandes y continuados aplausos*).

El epílogo del sacrificio del Capitán Moreno no puede ser ni más sencillo, ni más conmovedor.

Las Cortes de Cádiz, por Decreto de 12 de Diciembre de 1812, concedieron grandes honores á Moreno y á sus descendientes.

No leo el Decreto porque sería cansar vuestra atención y porque además lo han publicado ya varios periódicos. El actual Ministro de la Guerra, el ilustre General que rige hoy los destinos del Ejército, que ha tenido la gloria de descubrir la estatua de otro héroe de la independencia española, del Teniente Ruíz Mendoza, vá á poner en vigor este Decreto, y cuando se pase revista al regimiento de Málaga, el Comisario de guerra leerá el nombre del Capitán Moreno, y el Capitán de la quinta compañía pronunciará esta frase tan hermosa como sentida: «vive en la memoria de los buenos.»

Yo entrego á la publicidad esta noticia, y al insigne General Azcárraga, que nos honra con su presencia, debéis tributarle vuestro aplauso, que será el eco precursor del que dentro de breves

horas le tributará la España entera. (*Ruidosos y prolongados aplausos*).

\*  
\* \*  
\*

Habéis escuchado, señores, la vida y hechos del Capitán Moreno. No es mi voz, como he dicho antes, la más autorizada para entonar el canto épico en memoria del héroe sublime, del mártir de la más grande y elevada de las ideas, y si á molestar vuestra atención me he decidido esta noche, ha sido tan sólo llevado del deseo de poner también mi grano de arena sobre el cimiento donde asiente el pedestal de la obra artística que debe la patria á uno de sus hijos más esclarecidos.

¿Cómo se perpetúan los grandes hechos? Por medio de manifestaciones artísticas que se legan las generaciones unas á otras, que atraviesan por las vicisitudes de los pueblos y de las edades, y que rasgando las nubes del olvido hacen llegar hasta nosotros los hermosos destellos que parten del foco de la inmortalidad. Todo aquello que es grande, todo aquello que es magnífico, todo aquello que embarga nuestros sentidos y vierte sobre nuestras almas el bálsamo consolador del entusiasmo, debe flotar en el mundo de las ideas,

lugar único y exclusivo para las grandes concepciones.

La idea, como parte integrante de lo divino, de lo impalpable y de lo abstracto, ocupa siempre la superficie en ese inmenso receptáculo donde el Hacedor ha depositado todas sus grandes creaciones, así como en un vaso donde se vierten líquidos de densidades diferentes, ocupa la parte superior aquél cuya fluidez es más acentuada, aquél cuyo peso específico le marca el más alto lugar en la columna de las densidades.

Desde la creación del mundo, desde que el triunfo de la idea fué patente y efectivo, aherrajando á sus piés el repugnante mónstruo del materialismo, todos aquellos sentimientos elevados, todas aquellas sensaciones hermosas que se hallan en contacto íntimo con esa embriaguez de la mente que se llama ilusión, con esa tendencia del alma á ponerse en contacto con la divinidad, se sobreponen á todo; y los hombres y las ideas se confunden y compenetran de tal manera, que muchas veces la historia llama «creaciones del genio» á esas superposiciones del pensamiento, cuando éste extiende su vuelo á las regiones del arte donde las cosas de la tierra adquieren esa pequeñez relativa que hace imposible toda comparación entre el pálido y fugaz destello del

fuego fátuo que brota en esas antesalas del no ser que se llaman las tumbas, y el brillo deslumbrador del relámpago que tiene su origen en la inmensidad de los cielos, donde sobre un trono de luz, fuego, inspiración y poesía, extiende su brazo gigantesco la imagen colosal del infinito. (*Grandes aplausos*).

La historia nos presenta un ejemplo evidente de un pueblo que, por haber rendido culto constante al arte, á la inspiración y al talento, ha conseguido trazar una huella indeleble en las tablas de granito donde se conservan los recuerdos del pasado.

Cuantos conocen la historia de la antigüedad saben que existió, y aun existe todavía sobre la carta geográfica de Europa, un país microscópico, un punto matemático encerrado en un circuito de montañas, cuyas faldas se pierden entre las olas cubiertas de espuma de las aguas del Mediterráneo.

Un viajero demostraría fácilmente, con la guía en la mano, que la superficie de este país es algo menor que alguna de nuestras provincias de segundo orden, y que el número de sus habitantes fué un día algo menor que el del más ínfimo partido judicial de nuestra Península. Sus llanuras, áridas y pedregosas, apenas si daban una exígua



cosecha de trigo y de cebada; bajo su cielo, de un azul inalterable, revolotean constantemente las bandadas de abejas, cuyas corazas de oro brillan bajo los rayos de un sol meridional, y las ramas de los olivos y de las higueras se confunden con los caprichosos arabescos que dibujan las vides en las pendientes suaves de las colinas. En las entrañas de estas últimas, la piqueta del explorador primitivo encontró una cantera de mármol y una mina de plata.

Con estos elementos, con estos dones tan limitados, un pueblo reducido de soldados, artistas, legisladores y poetas, bañadas sus frentes por la luz de la inspiración y del entusiasmo, y haciendo con un girón de tela plegada majestuosamente sobre sus cuerpos esculturales la púrpura de un magnate, dominaron el Universo, dejando una estela imposible de borrar, hasta el punto de que Roma, símbolo de la fuerza y del poder, de la audacia y del valor, y personificación sublime de la eternidad en la tierra, pudo inundar con sus legiones la superficie del globo trazando sobre las columnas de Hércules el maravilloso «Non plus ultra,» pero Roma, sumida hoy en la sombra, es apenas un recuerdo, en tanto que Grecia es una idea; Roma es una ruina grandiosa, pero al fin una ruina; en tanto que Atenas es un coloso de

belleza tallado por el cincel del genio en el mármol de la inmortalidad, y cuya frente se halla rodeada de esa aureola de luz, inspiración y poesía, faro magnífico que arroja sus destellos en la planicie inmensa de la humanidad. (*Grandes aplausos*).

La actividad y el esfuerzo vertiginoso de esta legión de hombres semi-dioses, han poblado las costas del Mediterráneo de villas y de ciudades florecientes, en cuyos muros y palacios el arte imprimía su huella maravillosa.

Valientes hasta el heroísmo, aquellos hombres dispersaron flotas formidables compuestas de más de cien mil bajeles, y rechazaron el esfuerzo poderoso de Ejércitos enemigos que llevaban más de tres millones de combatientes.

Magníficos por el valor, al par que por la inteligencia, inventaron sucesivamente las matemáticas, la geometría, la mecánica, la astronomía, la botánica y la medicina: crearon las fórmulas imperecederas de la filosofía y la política y trazaron las reglas plagadas de bellezas de la elocuencia en el foro y en la tribuna.

Fueron los dueños del mundo civilizado por las armas, por el comercio y por las ideas. Cuatro mil dioses surgieron de las entrañas marmóreas de aquellas colinas, en cuyo seno ardía el fuego de la divinidad, y los tesoros arrancados á

las minas de plata, servían para comprar las obras colosales de aquellos artistas maravillosos que crearon monumentos cuyo número es imposible calcular, y que tallaron estátuas que han llegado á nuestros días bajo la forma de ese mito incomprendible que simboliza el ideal de la belleza.

La pintura se componía tan sólo de tres colores, y retrataba fielmente la creación del pensamiento: el oído de aquellos músicos inspirados, sirvió para encontrar las siete notas del pentagrama.

Las tragedias, los poemas, las comedias, las historias y los discursos de aquel tiempo, han llegado hasta nosotros sirviendo de modelo eterno para todas las empresas: aquel idioma de acentos enérgicos y sonoros vibra todavía recordando los tiempos heróicos.

Los monumentos marcaron su fantástica silueta en las nubes y adquirieron condiciones indestructibles al estereotiparse en el *papyrus*: Nerón recitaba los versos de Homero á la luz arrebatadora del incendio de Roma y Lord Byron evocaba el espectro del viejo poeta sobre las ruinas de la Acrópolis de Atenas; y en tanto que el mundo exista, en tanto que la tierra gire sobre su eje invisible de pórfiro y diamante, el cántico sublime de la Iliada se escuchará en las esferas idea-

les, aun cuando cubra el polvo impalpable de los siglos la tumba de todas las grandes ciudades que han abrigado en su seno la idea civilizadora. (*Estrepitosos y prolongados aplausos*).

Yo no me cansaré de celebrar, señores, la magnificencia artística de la Grecia. El primer eslabón que forma la cadena de su poderío, fué engarzado por Minerva en el pórtico del Olimpo; el último lo sujetó la alabastrina mano de Phryné en el muro del Areópago. Pueblo hermoso, ideal y aventurero, en cuya aureola de artes y maravillas se entrechocaban los Ejércitos, las galeras, la política, las ciencias, las artes y la hermosura. Entre nosotros la belleza es un atributo, para los griegos era una religión; su templo era la morada de los dioses; las cortesanas eran sus sacerdotisas.

Coronadas de flores presidían las entradas triunfales de los héroes, en tanto que la miel de la idealidad caía como cascada de bellezas de la boca de Platón y Minerva cubría con su égida la frente de Pericles y la perfumada cabellera de Aspasia. La inteligencia era el ideal de aquellos maestros en todas las artes y en todas las ciencias; los ricos cubrían con perlas y diamantes los talleres de los poetas, artistas y escultores. Los vencedores de los juegos olímpicos eran proclamados

dioses de la belleza sobre las arenas de los circos sembrados de flores; los dioses bajaban á la tierra para pelear como en Troya por la hermosura de Helena y encendían indistintamente la antorcha de la inspiración ó el incendio devastador de la venganza y de la guerra. (*Grandes aplausos*).

Y aun habrá escépticos que digan que el ideal es un sueño... ¿Cómo ha de serlo? Todo lo ideal es eterno. Todo lo artístico es imperecedero; de aquí que en la atmósfera de lo bello se junten lo ideal y lo artístico para formar una nube inmensa, que al recibir el beso embriagador del aura del entusiasmo y del patriotismo, se convierte en lluvia benéfica que fortalece á la humanidad en su peregrinación á través del árido desierto de las miserias de la vida.

Sin la facultad de personificar lo ideal por medio del arte, ni los Faraones hubieran levantado sus pirámides, ni los griegos el Parthenon y el templo de Diana, ni existirían el Coloseo de Roma, la torre de Pisa, la basílica bizantina de San Márcos, ni la Alhambra, ni la catedral de Sevilla, ni la abadía de Westminster, ni otros mil grandiosos monumentos; ni hubieran podido dejar las huellas de su inspiración, Homero en su *Iliada*, Platón en sus obras inmortales, Galileo y Copérnico en sus tablas maravillosas; ni tendríamos *El*

*Paraíso*, de Milton, ni el *Quijote*, de Cervantes, ni el *Hamlet* y *Romeo y Julieta*, de Shakespeare, ni las obras de Calderón y Lope de Vega, ni la *Divina Comedia*, ni Murillo hubiera pintado sus vírgenes, ni conoceríamos las obras de Rafael y Miguel Ángel: ni Franklin hubiera arrancado sus secretos al cielo, ni los alquimistas los suyos á la tierra; ni Colón hubiera atravesado los mares, y no tendríamos ni luz, ni calor, ni electricidad, porque el caos de la ignorancia hubiera apagado todos los focos ideales de la imaginación y del pensamiento y se hubiera perdido en las tinieblas de la nada la obra maestra de la creación, el hombre hecho á semejanza de Dios con todos sus atributos, con todos sus atrevimientos, con todas sus facultades y perfecciones artísticas... porque el primer artista es el Hacedor Supremo y la primera obra de arte, la más hermosa, la más colosal, la más imperecedera, la más eterna, es el trono magnífico donde asienta la majestad imponente del Altísimo. (*Grandes y prolongados aplausos*).

Perdonadme esta digresión en gracia de la consecuencia que espero sacar de ella.

Cuando un acontecimiento notable tiene lugar en la superficie de la tierra, la pluma del historiador lo consigna en las páginas del gran libro para que sirva de enseñanza á las razas futuras; cuando

en el mundo sideral un astro abandona la órbita que para su movimiento le han trazado las leyes de la mecánica celeste, el sabio que escudriña á todas horas en el fondo del telescopio astronómico la verdadera posición que en el firmamento tienen los astros, mundos, soles, estrellas, constelaciones y nebulosas, marca en el *canevas* de sus observaciones el fenómeno más insignificante que tiene lugar en la inmensidad de los cielos, y así se explica que las variaciones seculares de los astros se traduzcan en detalles precisos al alcance de las más vulgares y limitadas inteligencias... Cuando un hecho heroico coloca á un hombre sobre el pedestal gigante del martirio; cuando se realiza una de esas hazañas que honran á la humanidad, es preciso entregar á la inspiración del artista las páginas hermosas del libro de la historia que tengan relación con el hecho indicado, para que el empuje poderoso de la inspiración y del talento se condense bajo la forma de una obra de arte que pueda tener acogida en el grandioso templo de la inmortalidad.

El Capitán Moreno debe vivir eternamente en la memoria de todos los españoles: las comparaciones son odiosas, así es que no me permito hacer ninguna: fué un héroe, un mártir y un gran patriota...

Unámonos todos para levantar sobre el pedestal del patriotismo la figura del héroe antequerano, el Capitán de Infantería D. Vicente Moreno, y cuando enhiesta y arrogante se alce sobre una de las plazas de la coronada villa la silueta del patricio eminente, podremos esperar que si un día arrecia la tormenta y el extranjero se atreve á invadir de nuevo el suelo hispano, desde las profundidades de la figura de bronce fundida en el crisol de la inmortalidad, sirviendo de molde el trazado de la inspiración y del talento, y de primera materia los bronce de los cañones arrebatados á los cobardes enemigos que dispusieron la ejecución del Capitán Moreno; desde el hueco metálico que conservará el hálito candente del horno de reverbero, surgirá una voz semejante á la que resonaba en el interior del ídolo egipcio ó en las entrañas del instrumento de muerte del inhumano Falarís.... voz imponente cuyos acentos traducirán los sonidos del canto del ruiseñor en la espesura saludando la venida del alba: del rugido del león en la fragosidad de la selva: del grito gutural del águila al remontarse en el espacio: del toque del clarín guerrero al llamar las huestes embravecidas al combate: del llanto de la madre al ver morir al hijo de sus entrañas: del estampido del cañón al apoyar la subida del pa-



bellón nacional al tope del palo mayor de un navío de guerra... voz sublime, estentórea, *apocalíptica*, que nos gritara á todas horas las memorables palabras del Capitán Moreno al lanzarse en alas del patriotismo en el obscuro antro de la eternidad: ¡¡ESPAÑOLES, APRENDED Á SER FIELES Y Á MORIR POR LA PATRIA!!

He dicho.

*Grandes y prolongados aplausos: el orador es felicitado con entusiasmo.*







